

San Felipe de Jesús



5 de febrero de 2024

Sab 3, 1-9

Sal 123

2Cor 4,7-15

Lc 9, 23-26

P. Eduardo Suanzes, msp

Lo que llama la atención de las lecturas que hemos escuchado es una idea común, que, si uno lo piensa bien, es de locos: lo que parece debilidad es fuerza, lo que parece muerte en realidad es vida, lo que parece vida en realidad es muerte, lo que parece oscuridad es luz, lo que parece pequeñez es grandeza, lo que parece perder es encontrar, lo que parece conservar es desperdiciar, lo que parece ganar es perder y lo que parece perder es ganar. El mundo del revés. Una vez más, en las cosas de Dios, todo es al revés de como pensamos.

Y aquí estamos y el Señor nos planta hoy delante de nuestros ojos estas lecturas. ¿Nos querrá decir algo especial? Parece que sí.

Dice Pablo que llevamos un tesoro en vasijas de barro; pero, oigan, no nos engañemos con nuestra vasija de barro, porque llevamos un tesoro en nuestro interior. ¿Y cuál es? Pues que somos posesión Suya.

Ahora bien, esto que nos dice Pablo, este tesoro que llevamos, este ser consagrados por él, y para él, haber recibido su mismo amor, es la clave de nuestro ser cristiano solo a condición de que se experimente. Podemos ir de aquí para allá llamándonos cristianos, es decir, seguidores de Cristo, y no habernos experimentado como posesión exclusiva de Dios. O podremos formar parte de cualquier movimiento, o de una Obra de la Cruz, y no habernos experimentado como posesión exclusiva de Dios. El ser cristiano no puede ser experimentado desde fuera como aquel que contempla el mar desde una roca. Muchos religiosos, muchos sacerdotes, muchos agentes de pastoral, gente supuestamente comprometida, contemplan a Jesús desde fuera, a distancia, sin implicarse existencialmente en ello. No miran al tesoro que llevan dentro **desde dentro**, sino desde fuera. Lo que sabemos del ser cristiano no puede quedarse solo en un mero saber intelectual, porque eso no empapa nuestra vida. Tenemos que zambullirnos en el universo de la contemplación de Dios y vivir de ella. Si no es así estaremos perdidos.

Lo que sucede es que a veces hay quien vive el ser cristiano, mirándolo, como digo, desde fuera, desde una roca y nunca se zambullirán en las profundidades del misterio. Y, entonces, es cuando llega la mediocridad, el enemigo número uno del seguidor de Jesús. Claro, para zambullirse en ella uno tiene que dejar su yo, su roca segura y firme desde donde todo lo observa; uno tiene que dejar su seguridad cómoda y salir de sí mismo, en el abandono de sí mismo y lanzarse a las profundidades del misterio, cueste lo que cueste, implique lo que implique y con determinada determinación, como decía Santa Teresa.

Eso es lo que nos dice Jesús en el Evangelio. Para eso nos da Dios su amor, su Espíritu Santo, porque Él es quien nos impulsa a saltar hacia el misterio asumiendo la cruz como camino de

vida. Saltar al misterio implica el abandono de sí. Jesús nos está diciendo que salgamos de nosotros mismos, que esa es la llave del cofre del tesoro. Ese es el modo como se salta a la vivencia del misterio y ahí está nuestra vida.

La renuncia de sí. Él había dicho: «¿tú quieres seguirme?, pues olvídate de ti mismo, toma tu cruz y sígueme». Tomar la cruz significa exactamente esto: la renuncia de sí mismo hasta sus últimas consecuencias. Y ese es el camino de Jesús y no conoce otro. Es llegar a la ganancia, por el extraño camino de la pérdida. Es un camino que no se puede edulcorar, suavizar o matizar. La cruz es el único camino para saltar al misterio de Dios y por lo tanto al ser cristiano.

Si queremos llegar a ser auténticos debemos tener presente que los odres nuevos tienen forma de cruz. Pretender ser un seguidor de Jesús, pretender vivir el evangelio al modo romántico, desde nuestra roca, sin lanzarnos al misterio, es vivir a Dios como un tótem, como un fetiche mágico, como un enigma, al que solo vemos desde fuera como resolutor de problemas.

Fíjense en qué ha dicho Jesús que consiste su seguimiento: en tomar la cruz y seguirlo. Y si la vida cristiana está configurada por el seguimiento de Jesús, quiere decir que toda ella está afectada por ese dinamismo de **pérdida/ganancia** y todos estamos convocados a entrar en un juego que debería convertirse en una de las señales de identidad cristiana, algo que la hace diferente de otras opciones de vida. Cristianos serían aquellos hombres y mujeres que, como respuesta a una llamada, **desean pensar y sentir como Dios mismo y, a causa de Jesús y de su Evangelio y por la alegría de haberlo encontrado, están dispuestos a entrar en el juego perder/ganar.**

No es fácil aceptar que el **negarse a sí mismo** sea una condición inevitable del seguimiento, su condición de verificación, la única a la que se otorga capacidad de autenticar el deseo inicial, **y lo que se pide al «candidato a discípulo» de manera tajante y sin rodeos es que se decida a ello.** Jesús recurre para «justificarlo» a una especie de sabiduría proverbial, pero se trata de una sabiduría absolutamente novedosa que no ofrece más garantía que un «*por mí y por el Evangelio*», que convierte su persona en la referencia última y definitiva. Recurre al término ganancia pero, como en un juego de despropósitos, pérdida y ganancia se han intercambiado sus papeles y hay que entenderlas al revés, sin más apoyo ni garantía que la propia palabra de Jesús y su modo peculiar y selectivo de interpretar la vida¹.

De esto Felipe de Jesús, el primer mártir mexicano, ejecutado en una cruz en Nagasaki en 1597 y atravesado por dos lanzas, junto con otros veinticinco mártires, supo muy bien hacerlo vida. Es increíble cómo el Espíritu Santo da una fortaleza sinigual a quien se deja poseer por Él, convirtiendo su barro frágil en roca que resiste cualquier envite sin partirse. Sus últimas palabras ya atravesado en el madero fueron: «Jesús, Jesús, Jesús».

¹ DOLORES ALEIXANDRE. *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*. Ed CCS Madrid 2004